

mujer amada. Al final de treinta volúmenes se había apoderado de él una singular alegría, y toda las concupiscencias,—comprendida la peor—aquella que ni el trabajo ni la intriga pueden acallar. Sus bolsillos estaban llenos de facturas que demandaban pago y de versos románticos, destinados a la elegida a quien ponían a bostezar.

—Sabes bien que no llega nunca de improviso,—refunfuñó Pauv'chéri—Y como él debe pronunciar su discurso de recepción entre ocho días, pasa sus noches buscando frases de efecto.

—¡Ah, tú no lo conoces!—suspiró Arlette.—Si sólo en sus libracos es serio. Te digo que no hace más que pensar en mí. Se invita a desayunar, a comer; me cuenta sus éxitos, interroga a los criados; ime pide cuentas del empleo de mi tiempo! Y no sabes lo mejor: ¡espera impresionarme con su uniforme! ¡Sí, mi encanto! ¡Hay que ver como anda pergeñado de costumbre! Un sombrero tieso, un chaqué espanta-pájaros, un pantalón que hace espirales, una corbata que parece juntada del suelo! Pues bien, se ha encargado un vestido verde, que ha ensayado tres veces, un chaleco blanco, un calzado brillante, una esclavina! ¡Quiere darme una tarjeta de entrada para su recepción! ¡Lo más divertido será su espada! ¡Te imaginas a Sagouin con una espada!...

—He leído sus libros—interrumpió Pauv'chéri;—no son gran cosa. Yo estoy en el comercio de novedades, pero te juro que podría hacerlos igual.

—¡Los harías mejor!—rectifica Arlette con entusiasmo.—En primer lugar tú conoces las mujeres, pillete. Sagouin ha debido copiar sus escenas de amor. No es una habladora, tu sabes, él anda registrando siempre en libros viejos...

—En todo caso, escribe mal,—afirma Pauv'chéri,—escribe demasiado...

—Exactamente lo que yo pensaba.

—¿Entonces me quedo?

—No, Pauv'chéri, es preciso que te vayas. Tengo como un presentimiento.

Al punto ella se arrodilla y comienza a abotonar una de las botas del delicioso joven, quien le abandona su pie con una despectiva benevolencia.

—¡Vaya! Ya tenemos una—insinuó ella—ahora...La camarera penetró aterrorizada.

—¡Señora!—exclama ella—una especie de cobrador de cuentas acaba de entrar con la llave!

Pauv'chéri recoge sus vestidos y de un brinco salta al cuarto vecino, que es el de Clotilde. Antenor ladra al intruso y Arlette grita:

—¿Qué hay?

Juan María Baguin aparecía, con la confianza modesta de aquel que ha estado preparando su entrada por mucho tiempo.

Llevaba un vestido verde guarnecido de cruces, un bicornio adornado con plumas; su barba cortada en punta, su bigote levantado lo ponían inconfundible, y, como no había querido descomponer este conjunto con el *burguesismo* de unos binóculos, parpadeaba terriblemente.

—¿Eres tú, Juan María?

Y Juan María respondió triunfalmente:

—¡Soy yo en académico! ¿Qué tal te parezco?

Entonces soltó una de esas risas interminables e insoportables, con las cuales una mujer arruina en algunos segundos las más queridas esperanzas y las más dulces ambiciones. No, en verdad Arlette encontraba a Juan María muy cómico! Un verdadero oficial de opereta.

—¡Si te vieses con tu batería de cocina!

—Me he visto—replicó Baguin, dulcemente.

Esperó a que ella se calmara y manifestó:

—Otra se habría conmovido... El sastre acababa de entregarme mi vestido... No he podido esperar... He deseado salir... He querido que tú fueras la primera...

—¡Vaya una idea! ¡A las diez de la mañana!

—¡Ay! ¡A las ocho de la mañana no me habrías encontrado mejor! En fin, mía es la culpa. He sido elegido con treinta años de atraso.

—Estoy en uno de mis días malos. No hay que guardarme rencor. Vuelve mañana hacia medio día...

Pero Juan María puso su bicornio en un sillón, suspiro, puso en acecho su lente y se detuvo ante un pequeño reguero de cenizas sobre la alfombra y preguntó:

—¿Has fumado?

—Sí... En el fondo no te encuentro del todo mal... Te ves más alto... tienes el aire de tu retrato...

—¿Por qué has fumado esta tarde, tú que no fumas nunca?

—Me dolían las muelas.

—Arlette, sería mejor decirme: «Yo no te amo y yo te engaño».

—¡Estás loco!

—Eres tú quien lo ha querido...

Inspecciona primero un armario de trajes que encuentra vacío, luego coloca la mano sobre el botón de una puerta.

—¡Basta!—exclamó Arlette—. ¿Qué vas a hacer allí? Es el cuarto de Clotilde. Esa muchacha está desvestida.

—Se ha desvestido muy pronto,—remarcó Baguin.

Y abrió. La pieza estaba a oscuras; él encendió la luz eléctrica y vió a Pauv'chéri vestido de pies a cabeza, con el cuerpo ceñido por un delicioso pardessus, el ojal florecido, el sombrero ladeado sobre una oreja, las manos en los bolsillos. En el primer momento, Juan María miró a su rival con los ojos muy abiertos, con una especie de curiosidad áspera, sin cólera. Como el silencio se prolongara, Pauv'chéri lo rompió con un tono insolente:

—¿Y bien?

—Yo temía mucho,—murmuró el pobre hombre—que acabaría por coger el pájaro en el nido...

—¿Decía usted?

Pauv'chéri avanzaba amenazante, con el bastón levantado. Baguin era un hombre de pluma, pero un instinto le hizo buscar la guarnición de su espada. Habiendo encontrado la empuñadura de esta espada honorífica, sobre la cual se erguía—¡oh mofa!—una cabeza de Minerva en marfil, y no teniendo ninguna confianza en sus débiles músculos, la desenvainó.

—Si creéis darme miedo,—fanfaronó Pauv'chéri—. Me voy para no agarrar por el cuello a un señor entrado en años. He aquí todo.

El estaba acostumbrado a estas situaciones, no por haberlas descrito, sino por haber jugado en ellas el mejor papel. Tranquilamente sacó una tarjeta de visita y la puso en evidencia sobre la chimenea, se calzó un guante, se quitó su sombrero ante Arlette y desapareció. José María Baguin se quedó allí, cuajado en su pose heroica.

Arlette recobró la palabra:

—¡Estáis contento! ¡Habéis quedado muy bien! ¡Para un hombre que pretende conocer la vida! ¡Valía la pena vestirse de gala! Y no sabéis ni aun conducirnos: ¡injurias a quien encontráis en mi casa! No haríais otro tanto en casa de una gran señora. Ahora, querido mío, como abomino las explicaciones os dejo el puesto!

Baguin se encontró solo frente a la camarera. Procuró volver a meter su espada en la vaina, pero no lo consiguió: sus manos temblaban y sus ojos estaban empañados por el llanto.

—Que el señor tenga cuidado de no punzarse—dijo Clotilde,—voy a ayudarle.

Y cuando el arma estuvo en su lugar, añadió sentenciosa y consoladora.

—¡Uno se disfraza y cree que va a divertirse y se friega! Así me pasó a mí, una vez que me disfracé de lechera, mi hombre me ha dado un manotazo que me ha hecho llorar toda la noche. ¿No se ha fijado el señor que siempre llueve el Martes de Carnaval?

HENRY DUVERNOIS

(Traducción de C. L.)

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.